
“ El mundo de tu verdad
es mi tragedia;
tu sabiduría,
mi negación;
tu conquista,
mi ausencia;
tu hacer,
mi destrucción.”

H. Maturana

UNA PROPUESTA ÉTICA,

La vieja costumbre de leer el periódico en las primeras horas de la mañana, o de mirar los noticieros televisados se ha convertido en una práctica masoquista, muy a nuestro pesar, para miles de colombianos y colombianas. Porque lo que ha sido complicado pero posible en otros países, parece imposible en el nuestro: lograr mantener la vida, vía la obtención de la paz.

Por el contrario, en los últimos quince años, se observa una tendencia al endurecimiento de las posturas de fuerza como soluciones a los innumerables conflictos que cruzan el país de sur a norte y de oriente a occidente; pero lo que convierte esas posturas en la posibilidad de una guerra permanente, es que ellas son defendidas abiertamente por quienes tienen en sus manos el poder de destruir, de silenciar, de aniquilar a aquellos a quienes por diversas razones consideran sus enemigos. Y a la

zaga de estos,
una población
silenciosa
escindida en su
animosidad, a

favor de unos u otros, que se identifica con sus propuestas, con sus prácticas, sin avisar siquiera lo que se desprenderá del “éxito” de cualquiera de los actores comprometidos en una guerra sin cuartel.

Existen también, quienes añoran la posibilidad de vivir en paz, de encontrarse cara a cara con sus parientes y amigos sin que su salud esté mediado por la constatación de un episodio luctuoso, pero que en medio de su quehacer cotidiano, de la resolución diaria de sus problemas vitales, solo sueñan con la tranquilidad, sin sentirse para nada cómplices de la guerra que ellos piensan no es la suya, ni con la paz, de la que no se sienten compromisarios. Su pequeño mundo constreñido a sus intereses próximos, parece todavía estar seguro y por lo tanto, la salida consiste en observar, soñar y esperar que la situación cambie.

**NORMA ENRÍQUEZ
RIASCOS.**

Socióloga Universidad Nacional de Colombia.
Especialista en Derechos Humanos. ESAP. Equipo
de trabajo de la Casa de la Mujer.

EN OTRAS PALABRAS

Un reducido número, un puñado de colombianos y colombianas, cuyos esfuerzos parecen no ser significativos para grandes sectores de la población, se han dado a la tarea de repensar el país buscando y proponiendo salidas que realmente den cuenta de todas las personas que habitamos este espacio, independientemente de cualquier otra consideración.

Pero he aquí, que frente a estos luchadores por la paz y contra toda razón, se yerguen los violentos de distintas raigambres, para silenciar sus reflexiones, o exponiéndolos al fuego cruzado, intentan develar en su postura, los compromisos o intereses que subyacen, (según sus detractores) en relación con algunos de los actores en conflicto. Nunca antes se percibió tal grado de locura o de estigmatización frente a unas reflexiones y/o apuestas para lograr la concordia, a tal punto que optar por la paz, se ha tornado sinónimo de violencia.

Lo que antaño constituía una postura respetable: ser defensor de la vida, de la paz y de los derechos humanos, hoy es un peligroso compromiso, estigmatizado por casi todas las tendencias, y que se traduce en asesinatos, desapariciones, amenazas.... Pocas son las personas que no encuentran en la postura diferente del otro/a, una posibilidad de señalamiento.

No me detendría en esta deprimente situación, si no pensase que es en momentos de crisis como los que atraviesa hoy el país, cuando la legitimidad gubernamental y la institucionalidad son puestas en entredicho; cuando los valores éticos universalmente aceptados parecen transcurrir al margen de la práctica social; cuando la corrupción permea las instancias de poder, salvo honrosas excepciones; donde se torna mas necesario que nunca, repensar las apuestas fundamentales, con el propósito de descubrir horizontes en alguna medida esperanzadores.

Para construir derroteros, quizás sea bueno comenzar por examinar los discursos predominantes en los últimos tiempos:

Confundiendo valentía con agresividad y trastocando sentidos, hay quienes se afianzan en las apuestas de fuerza, como sinónimos de patriotismo, autoridad, capacidad de mando, hombría y valor.

Hay quienes califican de violentas y subversivas, las justas exigencias por mejores condiciones de vida; o la expresión del descontento con las promesas no cumplidas; o la conformación de asociaciones, consagradas por la Constitución Nacional y defendida como derecho fundamental por las Naciones Unidas.

El intento de mantenerse al margen del conflicto, bien como medio de protección o bien como postura ética, parece exacerbar los fantasmas de los violentos, que se resisten a la neutralidad, activa o pasiva, vislumbrando tras ella compromisos inexistentes con el enemigo.

La idea de acabar el conflicto mediante las armas, se afianza en el fuero interno de muchos colombianos y colombianas, que visualizan la victoria como el exterminio del oponente. A escasos once años del Palacio de Justicia, o nos hemos olvidado de lo que significó la decisión tomada, o no hemos logrado aprender la lección, o hemos sido incapaces de entender el valor de las vidas humanas, tanto en ese doloroso episodio, como en los cientos de miles que se han producido en el país, no menos dolorosos por ser anónimos, desde que se instaló la violencia como única forma de resolver los conflictos.

Tampoco parece que recordáramos lo que significa la guerra; lo que ha supuesto en vidas sacrificadas, en niños/ niñas, jóvenes y adultos/as mutilados(as), en familias destruídas, en campos deshabitados, en tejido

social deshecho, en progreso detenido, en el dolor y el temor vivido cotidianamente. Ganar la guerra por la vía de las armas, tiene necesariamente costos muy altos, los cuales podrían obviarse propiciando salidas negociadas.

Y qué decir de los costos políticos y económicos para el país?

No es precisamente un honor ser catalogados como el país más violento del mundo. En los albores del siglo XXI, la posibilidad de la racionalidad, del entendimiento a través de formas civilizadas de discusión y diálogo, donde las palabras doten de sentido propuestas y búsquedas de carácter ético y político como lo aconseja la práctica democrática, parecen haber cedido su lugar a las expresiones de barbarie.

Frente a esta realidad que amenaza la existencia de la comunidad colombiana, las mujeres, no podemos mantenernos silenciadas. Nuestra opción, si realmente queremos contribuir a preservar la vida, debe pasar por una reflexión comprometida con la paz, que dé paso a un actuar incesante para hacer realidad nuestras propuestas.

Y CÓMO ENTENDERÍAMOS LA VIDA QUE QUEREMOS DEFENDER ?

En "La genealogía del racismo", Foucault plantea una seria reflexión frente a la vida y analiza retrospectivamente diversas posturas que se han comprometido, de una parte con la defensa de ciertas formas de vida, específicamente valoradas como dignas de mantenerse, y en sentido contrario, en el aniquilamiento de otras formas de existencia, cuya sola presencia supondría un riesgo para la vida que defienden. Y sobre qué descansa y donde se ubica la posibilidad del exterminio, si lo que se sostiene es la defensa de la vida? Las preguntas son interesantes, en cuanto permiten hacer claridad sobre lo que está pasando en Colombia.

Para cualquier actor político, hacer pública una propuesta abierta de muerte conllevaría a su propia destrucción, a su marginamiento, al rechazo social. Por ello, a pesar de la locura colectiva que parece adueñarse por momentos del país, hasta ahora nadie ha osado hacerla; ni siquiera aquellos que se identifican con las posturas más beligerantes. Todo lo contrario, es mucho más sugestivo inducir a otros a pensar que su opción es una opción de vida y que en nombre de ella, de su permanencia, se pueden llevar a cabo costosas y arrasadoras empresas, en las que para nuestro infortunio nos hallamos inmersos voluntaria o involuntariamente, todos y todas las colombianas/os.

Es evidente que existe un tipo, una cierta forma de vida que se defiende abiertamente y por la que desafían muchos riesgos: aquella que se considera expresión de lo bueno, de lo recto, de lo que es legal, de lo que debe ser. Allí cabrían los varones y las mujeres decentes, poseedores/as de bienes que proteger, mantenedores de la tradición, defensores/as de las instituciones, no importa el nivel de corrupción que ellas presenten. Allí están "las familias bien", "los empresarios bien", e incluso "los subalternos bien". Todos y todas conocen y comparten sus opciones políticas, religiosas, sexuales; saben también de su poder económico, de su compromiso consigo-mismo. Son aquellos a los que la justicia difícilmente llega y a quienes se les abren todas las puertas.

En cambio hay otras formas de vida sospechosas en sí mismas y cuya defensa no es fuente de preocupación, ni logra concitar a las autoridades, ni a la sociedad civil, en su cuidado y protección. Incluso muchos se preguntan si la muerte no es una mejor opción que la calidad de los niveles infrahumanos de vida que deben soportar. La muerte se podría contemplar entonces como una opción benevolente? Tal es el caso de los habitantes de la calle, los indigentes, los drogadictos, las trabajadoras sexuales, los gay, a quienes despectivamente se califica de desechables. Pero allí también pueden fácilmente estar las y

los pobres, los indígenas, los y las negras, los que invocan un dios diferente, los que asumen opciones políticas no tradicionales, los/las que construyen formas de vida no convencionales, en fin, los y las que son diferentes.... Aquellos que ni siquiera las muertes violentas y masivas logran sacar del anonimato. El conjunto de la sociedad no parece percibir su ausencia; no hay llanto ni pañuelos blancos, ni omilías, a veces ni siquiera tumbas.

Cabe entonces la pregunta: ¿ todos los seres humanos, nacen libres e iguales en dignidad y en derechos, como reza la Declaración Universal de Derechos Humanos? ¿ Por qué, unas vidas carecen de valor y otras significan tanto? ¿ Dónde reposa la solidaridad, el amor por los semejantes, el respeto, la justicia, cuando de éstos últimos se trata?

CUÁL VIDA, Y QUÉ VÍAS PODRÍAMOS CONSTRUIR LAS MUJERES ?

Nada más contradictorio que plantear una mirada, aunque construída colectivamente, como única apuesta; sin embargo, muchas mujeres, a lo largo de esta desgastante y progresiva guerra que hemos vivido los colombianos y colombianas, marcando a cada una/o de manera diferente; evidenciándola desde diversas perspectivas, sintiéndonos en un proceso envolvente, como en un inmenso remolino, donde nuestra voluntad y deseos no logran tener sentido para quienes desde el poder hacen y mantienen la guerra, hemos expresado en diferentes momentos deseos de parar la contienda, disminuir su intensidad, constreñirla a los combatientes; se ha clamado por el respeto hacia la ciudadanía inerme. Interpretados estos llamados, todos apuntan a proteger la vida o disminuir sobre ella los efectos devastadores. En resumen, las mujeres han hecho oír su voz y han establecido compromisos serios contra la guerra y por la vida.

Entendiéndola ésta como primera instancia por contener y derivar de ella toda posibilidad de "ser": la vida física, como sinónimo de existencia, de realidad; la calidad de vida, como expresión de dignidad y equidad; la vida espiritual, política y cultural, como forma respetuosa de reconocimiento, de relacionamiento, de pluralidad, de materialización de sueños y como consolidación del derecho de todas y todos a existir en libertad.

Si bien mantener la vida corporal ya es un logro frente a las muertes violentas que se producen en el país, también es cierto que subsistir no puede ser la meta de la especie humana, dada su capacidad de trascender y afirmando como condiciones inherentes a la dignidad de las personas, la libertad, la igualdad y las posibilidades de acceder al desarrollo.

La vida que deseamos las mujeres, por la que estaríamos decididas a los mayores compromisos y esfuerzos, pasa necesariamente por la paz, como construcción de convivencia. Y aunque por razones obvias, el énfasis lo he puesto en la guerra como expresión armada de la violencia, como exterminio físico de personas y bienes materiales necesarios para el desarrollo de los pueblos, también es cierto que las mujeres venimos desde hace casi dos décadas, haciendo visibles las múltiples "guerras" que enfrentamos cotidianamente al interior del hogar, en el espacio laboral, en la calle y en cualquier espacio de la vida nacional.

Porque comprobamos que se producen otras muertes en la negación de las y los otros; que nos impiden la palabra, acceder a la riqueza socialmente producida, decidir, conocer...

Contra todas esas muertes, va nuestra propuesta de vida. Y lejos de sentarnos a esperar la paz, queremos construirla en el encuentro amoroso con los otros/as; es

reconocernos en ellos y posicionarnos en su lugar, como lo propone Maturana. Es materializar en última instancia la aceptación de los seres humanos, como especie.

Porque parodiando a Simone De Beauvoir, queremos amar en libertad y sólo desde ella podremos aportar con toda la fuerza de nuestra convicción y empeño, a reconceptualizar las palabras, los gestos, los sueños, los imaginarios...

Y cómo lo haremos? Tenemos que construir un poder que oponga resistencia a los tradicionalmente poderosos, que no convierta la fuerza en destrucción sino en posibilidad creadora, que permita construir y reconstruir tejido social a partir de relacionamientos respetuosos y expresión de tolerancia y cuidado de los y las otras. Que den paso a la ternura y a las pequeñas complicidades; que se afinquen en la lealtad, en la responsabilidad y la reciprocidad.

Detrás de esta apuesta, descansa la determinación de no permitir en nuestras vidas forma alguna de maltrato, de negación; ni relacionamientos que se traduzcan en subordinación.

Implica un trabajo de construcción paciente y cotidiana de resolver los conflictos sin la utilización de la violencia. También pasa por la deconstrucción del discurso patriarcal del héroe, como sinónimo de valor, de fuerza, de avasallamiento.

Dicho en otras palabras, es resignificar los gestos, las miradas, el discurso.... es poder encontrarnos en los otros, es descubrir en cada ser humano/a, algo de mí, su semejanza; es saber que su existencia posibilita la mía; es sentirnos todos y todas necesarios en un proyecto vital donde cada quién cobra sentido. En síntesis, es una apuesta que nos contiene a todas y todos, es una propuesta por la vida misma.